

EN PLENA NOCHE

Mikel Santiago





Penguin
Random House
Grupo Editorial

Extracto de la obra *En plena noche*, que se publicará en junio de 2021

© 2021, Mikel Santiago

www.mikelsantiago.info

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2021, David González, por las ilustraciones interiores

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6968-9

Para Irati y Elene, dos estrellas que viajan juntas

He repetido esta narración, punto por punto,
unas doscientas veces en mi vida.

Aun así, nadie me cree.

¿Será diferente esta vez?

El primer recuerdo es la línea de la carretera. Era como una larga serpiente de neón blanco y, joder, si te fijabas, hasta tenía escamas. Los faros del coche la iluminaban y yo la seguía con la mirada, esperando que en algún momento llegaríamos a ver su gran cabeza. Me la imaginaba como una víbora albina de ojos rojos y sonrisa terrorífica. Así que al principio la estuve mirando no sé cuánto. Diez minutos o media hora. No sabría decirlo.

También empecé a darme cuenta de que iba sentado en la parte trasera de un coche. No conducía, como después se dijo. Eso hubiera sido sencillamente imposible porque acababa de despertarme y además iba drogado. Tenía los ojos entreabiertos, pero la cabeza aún ladeada sobre el cuello, y miraba por la ventanilla del pasajero, como si tal cosa, observando la línea de la carretera y alucinando con la serpiente.

Escuchaba cómo el motor subía de revoluciones, una curva detrás de la otra, y la serpiente se deslizaba a nuestra par, con una perfección épica. Ya digo que iba bastante drogado.

Vale, más cosas: había gente ahí dentro, compañeros de

viaje. Nadie hablaba. En el puesto de copiloto iba una chica. Su larga melena castaña se derramaba sobre la hombrera de una chaqueta de cuero. ¿Lorea? Desde luego, era la forma de su cabeza. También parecía mareada o dormida, cabeceaba cuando tomábamos cada curva.

«Lorea», intentaba llamarla. «Cariño, ¿qué hacemos aquí?»

Extracto del documental *En plena noche*

PRIMERA PARTE

1999

Se salvó porque llevaba unas zapatillas blancas.

Así de sencillo. Unas zapatillas blancas. Un detalle tan idiota puede decidir si vives o mueres.

De haber llevado unos botines negros, o un zapato marrón oscuro, por ejemplo, el Volkswagen Passat lo habría estampado a cien kilómetros por hora, y posiblemente reventado como una sandía sobre el asfalto. Pero aquel «aparecido» llevaba unas zapatillas blancas, en concreto unas Nike Court Royale, que además estaban nuevecitas. Y ese perfectísimo blanco con olor a nuevo fue lo que reflectó la luz de los faros, en aquella carretera de pueblo, a las cuatro y pico de la madrugada del domingo 17 de octubre de 1999, salvando de una muerte posiblemente horrible a aquel chico que surgió de la nada.

El coche lo conducía un tipo llamado Jon Beitia, que por lo demás es irrelevante para nuestra historia. Beitia volvía conduciendo tras pasar una noche de fiesta en Bilbao, junto con su hermano y dos amigos, y era el que menos cocido iba.

Pero iba cocido. En 1999 la concienciación sobre beber y conducir estaba a medio desarrollar y a Jon, tras el test de alcoholemia que se le realizaría más tarde, le esperaban unos cuantos años de moverse en bicicleta. En cualquier caso, a pesar de las seis o siete cervezas de más, su cerebro funcionó bastante rápido.

«Eran solo un par de cosas blancas detenidas en medio de la oscuridad», dijo en el atestado. «No sé ni cómo me di cuenta.»

A cien kilómetros por hora y con un nervio óptico cansado y alcoholizado, todo ocurrió en milésimas de segundo. Los faros del Volkswagen Passat iluminaron aquellas zapatillas blancas. Tras un mensaje del nervio óptico al sistema límbico, el cerebro declaró la «alarma total» y actuó impulsivamente y con energía. Jon lanzó la pierna derecha para pisar el freno, tan fuerte que le dolería durante un par de días, y el Passat de su padre, que tenía los frenos recién revisados (en el taller Gardeazabal, Illumbe) frenó enseguida, aunque no lo suficiente como para evitar el golpe.

El impacto —según el informe— ocurrió a unos veinte kilómetros por hora. Es más o menos la velocidad que coge una bici si pedaleas con algo de brío, pero, claro, aquello no era una bici, sino un coche de tonelada y media. El chico que había surgido de la nada estaba quieto, de pie sobre sus zapatillas blancas, y tan solo llegó a extender los brazos para protegerse de manera instintiva. Recibió el impacto, cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza en el suelo. BAM.

Mientras que Jon había tenido al menos un segundo para prepararse, las tres personas que viajaban con él sufrieron las consecuencias en grado diverso. Iñaki L. —que viajaba de copiloto y nunca se ponía cinturón porque «no creía en las imposiciones»— se estampó contra el salpicadero. Una fractura

del tabique nasal le recordaría a partir de entonces que la DGT no dice las cosas por tocar los huevos. Alicia, la novia de Iñaki, que era más lista y viajaba con el cinturón puesto, tan solo se derramó una cerveza que llevaba en la mano sobre los vaqueros. Andoni Beitia, el cuarto pasajero, que también pasaba del cinturón pero iba medio tumbado, se dio de bruces contra el respaldo de su hermano Jon. El cigarrillo que se le consumía entre los labios cayó en el suelo del coche e hizo un bonito agujero en la alfombra, aunque por suerte el informe de daños en el interior del vehículo terminó ahí.

Después de un grito y otro, y otro más, todo quedó en silencio. Jon Beitia, con las manos fundidas en el volante, el pie clavado en el freno, sentía una terrible frialdad que le bajaba por la nuca. Cuando matas a alguien de esa forma, tu vida se acaba también. Quizá algún día vuelvas a ponerte en pie y caminar, pero a efectos de la felicidad y la cordura estás tan muerto como tu víctima, y eso es lo que empezó a sentir por la nuca: el tacto de la muerte.

Mientras sus amigos comenzaban a reaccionar y preguntaban qué había pasado, él no se atrevía ni a mirar.

—Lo he matado. He matado a alguien.

Iñaki estaba chorreando sangre por la nariz. Alicia se apresuraba a pasarle unos clínex. Solo Andoni parecía haber escuchado las palabras de su hermano pequeño.

—¿Qué?

—Había alguien parado ahí en medio... Creo que lo he...

Andoni fue el único que tuvo arrestos para actuar. Abrió la puerta y salió a la carretera, no demasiado aprisa. Iba con esa prudencia que da el horror de estar a punto de ver algo terrible. Miró hacia atrás. Eran las cuatro y media de la madrugada y aquella carretera, que unía los pueblos de Amon-

darain e Illumbe, estaba casi desierta. Miró hacia delante. A varios kilómetros de allí, desde el mar, llegaba un resplandor oscuro.

Pasó junto a Jon, que seguía atado a su volante, incapaz de moverse. Se miraron en silencio, después siguió por el lateral del coche hasta descubrir a esa persona que yacía tumbada en el asfalto. Se quedó quieto, pegado al coche (le temblaban las piernas), escrutando el cuerpo y escuchando los sonidos de la marisma, las espadañas, los pájaros nocturnos, los sapos, como si todo aquello fuera un sueño tenebroso e irreal. Pensaba, pensaba, pensaba... en su hermano principalmente. En la cárcel, a donde iba a ir por matar a alguien mientras conducía borracho... Además de eso, dentro del coche Iñaki aullaba de dolor (se había tocado la nariz) y Jon había activado los intermitentes de emergencia, que sonaban como un reloj. Clic. Clic. Clic.

A unos cien metros, en un caserío solitario, se encendió la luz de un dormitorio. Alguien habría oído el frenazo. Alguien iba a avisar a la policía. Andoni seguía en otro mundo. Sus padres. El disgusto. Su hermano. Por un segundo, pensó en escapar. En volver al coche y decirle a Jon que saliesen de allí volando y dejaran a ese tipo allí. Estaban borrachos. Habían matado a alguien. No había solución para eso. Pero el tío se lo había buscado. ¿Qué coño hacía en medio de esa carretera en mitad de la noche? Jon solo tenía veintiún años. Acababa de empezar en la uni. ¿Se iba a joder la vida por una locura que había ocurrido en tres segundos?, ¿por una maldita bobada que sucedió una noche?

Continuaba allí, de pie, pensando en todo eso, cuando oyó algo más. Un gemido. Una voz que procedía de ese cuerpo inmóvil en el asfalto.

El muerto se movía. Una rodilla, después un brazo. Se movía.

—¡Jon, enciende las luces! —gritó—. ¡Está vivo!

Se encendieron unas luces largas. Andoni se arrodilló junto a ese chico y lo miró. El «aparecido» era un chaval de unos veintitantos. Delgaducho, con el pelo castaño rizado, que le crecía esponjosamente casi como una peluca afro. Parecía un Jackson Five, solo que era blanco como la leche, con una cara fina y unos ojos rasgados que estaban medio abriéndose.

—Socorrrrrrro —dijo—. Ayyyyyyuudddddaaaaaa.

Otro coche se acababa de detener tras el Volkswagen de los Beitia. Se abrieron puertas, más gente. El caserío tenía ya sus dos plantas iluminadas y alguien vestido con un albornoz se asomaba en ese instante por la puerta.

Andoni comprendió que ya era tarde para cualquier otra cosa. Solo esperaba que el chaval viviese, y sin grandes daños, aunque parecía —a decir por sus balbuceos— que tenía el cerebro tocado. Se había dado un golpe en la cabeza. ¿Se quedaría imbecil?

Vestía una chaqueta vaquera llena de chapas de grupos de música: reconoció el logo de AC/DC, la lengua de los Stones y el retrato de Bob Marley. La camiseta blanca que llevaba debajo decía Nirvana, ese grupo cuyo cantante se había pegado un tiro cinco años atrás. ¿Quizá se había intentado suicidar él también? ¿Qué hacía, si no, en esa carretera, solo, a las cuatro y media de la madrugada?

El chaval volvió a moverse. Clavó el codo en el suelo, se arrastró. Era como si quisiera irse de allí reptando. Andoni había leído en alguna parte que era mejor no tocar a los accidentados, así que se limitó a cogerle de la mano y le dijo:

—Te hemos atropellado. Tranquilo. Creo que no te hemos hecho nada. ¿Estás bien?

Oyó a unas personas que se acercaban por detrás. Voces. Alguien dijo que estaba llamando al 112. Jon también se había bajado del coche. Le oyó decir: «No le he visto. Ha aparecido de repente». Andoni pensó que su hermano estaría mejor callado, pero, dadas las circunstancias, ¿qué importaba? Lo único que podría sacarles de ese entuerto era que ese idiota tuviese a la Virgen de su lado.

Mientras tanto, el «aparecido» balbuceaba...

—... yudddddddame.

—Oye, ¿estás borracho? —le preguntó Andoni—. ¿Qué te pasa? ¿Qué hacías andando por mitad de la carretera?

Entonces aquel chaval, cuyas zapatillas blancas acababan de salvarle la vida, abrió pesadamente los párpados. Miró a Andoni como si fuera el personaje de un sueño y dijo lo siguiente:

—Ayúdddame... Me han se... secuestrado.

PRODUCCIONES
BUKA PRESENTA

SABADO **16 OCT** 1999

DE FABRIKAK

LIVE



SALA

**BLUE
BERRI**

**PUERTAS 22:00
500 PTAS**

ILLUMIBE

Entradas a la venta en:

+ Electrónica Letamendia + Bukanero Club + Bar Portubide.

DENUNCIAN LA DESAPARICIÓN DE UNA JOVEN EN ILLUMBE

Los padres de Lorea Vallejo, una joven de veintiún años residente en el municipio vizcaíno de Illumbe, han denunciado su desaparición la noche del pasado sábado 16 de octubre, después de haber acudido a un concierto.

La madre de la joven ha manifestado que su hija salió del domicilio familiar el viernes bien temprano para ayudar con los preparativos de un concierto. Muchos testigos la vieron disfrutando de la actuación de la banda Deabruak y del ambiente de copas posterior. Un conocido afirma haberla visto salir del recinto sobre la una y media de la madrugada, sola y conduciendo una motocicleta Vespino negra. A partir de ese momento, se pierde el rastro de Lorea Vallejo.

La madre de la joven niega la posibilidad de una huida. «Sin dinero ni ropa, no tiene sentido.» Sospecha que su hija pudo haber sufrido algún tipo de percance con su motocicleta, o que quizá se dirigió a otro lugar después del concierto. «Algo normal para ella un sábado a la noche, lo hacen todos los jóvenes de la zona», ha declarado a su salida de la comisaría de la Ertzaintza en Amondarain, donde ha acudi-

do a interponer la denuncia. Acompañando a los padres de Lorea se encontraba Joseba Artaza, alcalde de Illumbe, que ha hecho un llamamiento urgente a los vecinos de la comarca para «colaborar en todo lo posible en la localización de Lorea».

El Correo, 19 de octubre de 1999

EL NOVIO DE LA CHICA DESAPARECIDA DECLARA QUE AMBOS FUERON SECUESTRADOS

La declaración de Diego L., de veinticuatro años, residente en Illumbe, y que mantenía una relación sentimental con Lorea Vallejo desde hace meses, ha supuesto un sorprendente giro de los acontecimientos en el caso, al afirmar que ambos fueron secuestrados en la noche del 16 de octubre, y que él logró escapar.

Diego L. ha prestado declaración en el Hospital de Cruces, donde se recupera tras sufrir un atropello la madrugada del pasado domingo, según él, «mientras escapaba» de un captor sin identificar, que supuestamente mantiene cautiva a Lorea Vallejo.

La Ertzaintza ha mostrado una «prudencia absoluta» con el testimonio del joven, a quien continúan interrogando especialistas de la Brigada Científica en busca de detalles cruciales para localizar a Lorea y a su supuesto secuestrador.

Mientras tanto, recordemos, sigue sin localizarse la Vespero negra de Lorea, fácilmente identificable por la pegatina que exhibe en el guardabarros trasero (la lengua de los Rolling Stones). La Ertzaintza pide toda la colaboración ciudadana

para hallar cualquier rastro de la chica y ha puesto a disposición del público un número de teléfono...

El Correo, martes 25 de octubre de 1999

DETENIDO EL NOVIO DE LOREA VALLEJO

Diego L. ha sido detenido esta misma mañana, tras ser dado de alta en el Hospital de Cruces, por su supuesta vinculación en la desaparición de Lorea Vallejo, con la que mantenía una relación sentimental.

El novio de Lorea, que declaró ante la Ertzaintza un día antes desde su cama del hospital, sostenía que la chica y él habían sido secuestrados y que él había logrado escapar, al parecer, de un coche en marcha.

Medios cercanos a la policía afirman que la detención se ha producido tras detectar «graves incoherencias» en el relato aportado por Diego L. y su incapacidad de «recordar claramente» lo sucedido.

Según palabras de un representante de la familia, la Ertzaintza «comete un error gravísimo» al incriminar a un «testigo» que solo ha intentado aportar una «información crucial» en la desaparición de Lorea.

El Correo, martes 26 de octubre de 1999

EL NOVIO DE LOREA ALEGA «AMNESIA» Y ES
PUESTO EN LIBERTAD SIN CARGOS. LA POLICÍA
DUDA DE LA VERACIDAD DE SU HISTORIA

El Correo, lunes 1 de noviembre de 1999

SIN RASTRO DE LOREA VALLEJO
UN AÑO DESPUÉS DE SU DESAPARICIÓN

El Correo, lunes 16 de octubre de 2000

2020

Solo dos personas en el mundo conocían ese número. Una era Gonzalo y la otra mi madre. Y en ninguno de ambos casos era normal que el teléfono sonase a esas horas —el sol ni siquiera había asomado tras las montañas—, así que le dije a aquella chica que teníamos que parar un poco. Y que me dejase salir de la cama.

—Tengo que cogerlo, perdona.

Ella hizo como que no lo oía. Estaba sentada a horcajadas encima de mí, moviéndose con una precisión fantástica gracias a sus poderosas piernas de bailarina.

—De verdad..., en serio —dije—. Creo que es importante.

—Entonces te volverán a llamar.

Acompañó su frase con un gemido profundo, como para dejar claro que no había discusión posible. Después latigó el aire con su melena castaña y pude ver su rostro, sus ojos cerrados, concentrados en desencadenar el máximo placer en cada movimiento. Se lo estaba tomando como si fue-

ra una prueba de gimnasia olímpica. Pero el teléfono sonaba y sonaba, y yo empecé a ponerme nervioso. De pronto, se me metió en la cabeza que alguien se había muerto. ¿Mi padre? Tenía mal el corazón y no sería el primer susto que nos daba. ¿Sería eso? ¿Y qué otra cosa podía ser a esas horas? Gonzalo jamás me llamaría tan temprano. Nunca en veinte años se le había ocurrido pegarme un toque antes del desayuno.

Decidí insistirle a aquella hermosa Plisétskaya:

—Debemos parar el trencito rumbo a orgasmolandia, cariño, te prometo que volveré en un minuto lleno de energía y me esforzaré al máximo.

Conseguí que se apartara, aunque de mala gana. Me llamó aguafiestas y se encendió un cigarrillo. Zahara, ese era su nombre, era una exbailarina reconvertida a hippie-vendedora de abalorios que había conocido en el mercadillo del pueblo. Habíamos dormido juntos dos noches y ya me había quedado claro que no aguantaría ese ritmo mucho más. Era como jugar un partidillo con Ronaldo. Como intentar bailar una noche entera junto a Mick Jagger. Te jugabas el infarto.

Llegué a la cocina. El viejo Nokia atronaba sobre la encimera (todavía no había aprendido a bajarle el volumen). Miré la pantalla. Era mi madre.

—¿*Ama*? ¿Qué pasa?

—¿Te he despertado?

—Bueno, casi.

Había un reloj de pared en la cocina pero estaba parado y yo no me había encargado de cambiarle la pila desde que vivía allí. Sin embargo, podía ver un trocito de sol saliendo tras las colinas del este e iluminando la playa. Eso significaba que no eran ni las ocho de la mañana.

—Bueno, tengo una mala noticia —dijo mi madre—. Tu amigo Alberto falleció antes de ayer. Alberto Gandaras.

Tardé algo así como tres segundos en procesar aquello. Lo de la mala noticia, lo de que alguien se había muerto. Pero ¿quién era Alberto Gandaras? Lo comprendí en un segundo: Bert. Creo que jamás en mi vida le había llamado Alberto.

—¿Bert? Pero ¿qué me dices?

—Yo me enteré anoche y de casualidad. Me llamó Leire Guisasola, ¿te acuerdas de ella?

Recordé entre brumas a una chica que trabajaba en la tienda de mis padres hace mil millones de años.

—Pues resulta que me llamó para otra cosa... y entonces me lo contó. Se preguntaba si tú lo sabías. Al parecer fue un incendio, este viernes.

—¿Un incendio? Pero ¿cómo...? ¿Qué...?

Zahara apareció por la cocina, desnuda. Me abrazó por detrás y me besó en el oído. «Vuelve a la cama.» Me aparté con brusquedad, abrí la puerta de la cocina y salí. Necesitaba respirar.

El trozo de sol despuntaba ya sobre las colinas e iluminaba la playa frente a la que estaba mi villa. Caminé sobre el pedrazo del jardín, desnudo, hasta el límite de mi terraza. Mi madre seguía hablando.

—Debió de dormirse con un cigarrillo, prendió la cama, prendió el suelo y...

Miré el horizonte azulado sobre el mar de Alborán. Me perdí en un recuerdo.

—¿Diego?

—¿Te puedes creer que soñé con él? —Prometo que era cierto—. Hace un par de noches, soñé con él.

Mi madre no dijo nada.

—Pero ¿dónde ocurrió? —Aún me costaba creerlo—. ¿En su casa? ¿El chalé del Arburu?

—Sí. Fue de madrugada. Para cuando el primer vecino vio el fuego, ya había ardido la primera planta y algo del tejado.

No quise preguntar más. Detalles morbosos como si intentó escapar mientras agonizaba, o si se carbonizó sobre la cama, o si se lanzó por una ventana y se rompió la cabeza. En cambio, me vino otra vez esa imagen sonriente de Bert hace dos noches.

—Soñé con él —repetí, pensativo, tratando de recuperar ese recuerdo—. Hace solo dos noches le vi en un sueño. Estábamos sentados en su estudio, grabando una canción. Me hablaba de algo. De una banda que había visto. Joder, qué casualidad.

Recordaba ese sueño porque se lo había contado a Zahara después de nuestra primera noche juntos. Tras los fuegos artificiales yo dormí profundamente y soñé con Bert. Y al despertarme se lo conté a ella: «He soñado con un viejo amigo, qué curioso. Un viejísimo amigo al que no veo desde hace muchos años».

—Bueno —siguió mi madre—, te llamo tan pronto porque el funeral es mañana. Para que te organices... Si es que quieres ir.

—¿Un lunes? —Fue lo primero que pregunté, como si el incendio, la propia muerte, se hubiera saltado algún código de etiqueta. Era una pregunta absurda y no esperé a que me respondiera—: ¿A qué hora?

—A las doce del mediodía. En Illumbe, en la iglesia de San Miguel.

—Joder —dije—, tengo que ir.

—¿Seguro, Diego?

—No, seguro no estoy —murmuré suspirando, porque en el fondo me aterrorizaba la idea—. Pero es Bert. Si fuese otro, no sé... Pero Bert... Tengo que hacerlo por él.

—Vale. Te puedo mirar un vuelo y prepararte algo de ropa. Me imagino que en ese retiro tuyo no tendrás nada para un funeral, ¿no? Y de paso, si quieres, te quedas a dormir en Bilbao.

—Gracias, *ama*. Encárgate solo de la ropa. Te avisaré cuando tenga el avión.

Colgué y me quedé allí de pie, desnudo, con ese teléfono Nokia en la mano, mirando la preciosa Cala Amarga y pensando en Bert.

Me saltaron las lágrimas de pronto, sin avisar. ¿Cómo habrían podido pasar veinte años? ¿Cómo era posible que nunca nos hubiéramos reconciliado? ¿A qué demonios había estado esperando?

El sol ya se había descubierto por completo. El Mediterráneo fulguraba en azul; la playa, en blanco. Entré en la casa antes de que algún turista temprano me viese en bolas, llorando frente al mar.

Zahara estaba sentada a la mesa, vestida con un batín, había preparado café, dos tazas. Además de todo lo dicho sobre su energía sexual, resultó ser dulce y muy humana. Había comprendido que esa llamada traía muy malas noticias y dejó a un lado la frivolidad para abrazarme y preguntarme si necesitaba algo.

—Necesito que me busques un vuelo en tu móvil. A Bilbao. Hoy mismo.

Zahara me preguntó si «era alguien de la familia».

—¿Sabes que hace dos noches te hablé de un amigo con el que había soñado? ¿Lo recuerdas?

Ella asintió sorprendida. Dijo que era cosa de brujas. Yo asentí.

—Si no llega a ser por ese tío, quizá nunca me habría lanzado a componer canciones.

Tomé el café y me fumé un cigarrillo mientras Zahara me buscaba un vuelo. Me gustó esa insospechada muestra de dulzura. La había visto muchas veces en su puestito del mercado de Las Negras, sentada, haciendo collares. Era guapa hasta hacer daño y un día me lancé y la invité a cenar. Ella, que era muy lista, ya me había calado también. Me contó que había vivido en Madrid, bailando en un teatro, hasta que una crisis lo mandó todo al cuerno y decidió montar su puestito de joyas. Y así nos había traído la marea a los dos, hasta la orilla del mar.

No había conexiones directas ni desde Almería ni desde Granada, así que compré un Málaga-Bilbao para esa tarde a las cinco. Zahara me podría llevar al aeropuerto en mi coche y de paso se quedaría allí visitando a unos amigos. Se lo agradecí. Después se quitó el batín y me dijo que me esperaba en la ducha.

Nos volvimos a dormir y despertamos a las doce. Se tardaban unas dos horas y media hasta Málaga, íbamos pelados de tiempo. ¿Qué haría con la casa, con mis cosas? «¿Piensas volver?», me preguntó Zahara (¿con cierto aire de tristeza, quizá?). Le dije que sí, pero me daba reparo dejar mi equipo allí, por lo que me pillé lo básico: una guitarra Takamine, un MacBook Pro, una tarjeta de sonido y un micro Neumann. Era un buen montón de pasta para confiarlo tras la puerta de aquella casita de playa. Lo demás lo dejé tal y como estaba. Aquel miniestudio en el que había trabajado durante dos meses era un pandemónium de cuadernos repletos de frases, cuerdas rotas, lápices gastados, ceniceros llenos... Imposible tratar de recogerlo todo en unos minutos.

Y hablando de la puerta de la casita, ¿dónde estaban las llaves? Las di por perdidas, no había tiempo para más. Arreé un portazo y le pedí a Zahara que condujese el Audi Q7 mientras yo llamaba a Gonzalo. A fin de cuentas, él había organizado todo esto.

—¿A Illumbe? —Se echó a reír—. Tú debes de estar pirado. Dime que es una broma...

Imaginaos a un tipo de sesenta años que parece conservado en formol. En sus tiempos mozos hacía de galán en una teleserie, después se hizo productor, agente y cazatalentos. Algunos de los nombres más grandes del pop-rock de los últimos veinte años eran cosa suya. Yo incluido. Además, era el único amigo de verdad que me quedaba en la tierra.

—Se trata de Bert —le dije—. ¿Lo recuerdas?

—¿El que tocaba la guitarra?

—No, ese era Javi. Bert era el chico de los teclados. Bueno, da igual. El funeral es mañana. Solo quiero asistir. De paso, les hago una visita a mis padres. Hace mucho que les debo una.

—Todo eso está muy bien, de verdad, pero... ¿podemos rebobinar un minuto? —De repente cayó en algo—: ¿No irás conduciendo con el móvil en la oreja?

—No, me lleva una chica. Y estás en el manos libres, por cierto.

Zahara saludó sonriente desde el volante. Con sus vaqueiros recortados, gafas de sol y visera parecía Sarah Connor conduciendo por el desierto en *Terminator 2*.

—¿Dónde estáis?

Se lo dije: llegando a Málaga.

—Vale, perfecto. Todavía podéis daros la vuelta.

—Gonzalo..., no pienso darme la vuelta.

—No lo has pensado bien, Diego. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Te prometo que dentro de unos meses te llevaré yo mismo hasta Illumbe a ponerle una corona de flores a tu amigo,

pero ahora no. Ahora es el peor momento por muchas razones. ¿Has leído algo de prensa? ¿Twitter?

—No. Tengo un Nokia de 1995. Me lo diste tú.

—Pero la chica...

—La chica ya sabe cuál es el plan. No me ha dejado ni tocar su iPhone.

Zahara sonrió. Ya le había explicado que me encontraba en un retiro «total» incluyendo el acceso a internet. No debía leer ninguna noticia. No debía mirar ningún tuit. Desintoxicación absoluta por prescripción médica (de mi psiquiatra-gurú, el doctor Ochoa). Gonzalo resopló al otro lado de la línea:

—Vale. ¿Y qué crees que va a pasar cuando pongas un pie en Illumbe? Todo lo que hemos conseguido en dos meses... Las últimas maquetas están empezando a funcionar. ¿Lo quieres mandar todo al guano? Por no hablar de la prensa en cuanto se entere...

—No se va a enterar nadie.

—Claro. Apareces por tu pueblo, por *ese* pueblo, veinte años más tarde, y nadie te va a reconocer. Nadie va a decir nada.

—Como bien dices, es mi pueblo y tengo maneras de que nadie me reconozca, descuida. Además, en pleno febrero seguro que está lloviendo. Llevaré un sombrero.

—¡Ja! Un pasamontañas mejor.

—Vamos, Gonzalo... Solo quiero estar allí, decirle adiós a mi amigo. Y después me pasaré una semana en Bilbao, con mis padres. Eso es todo. Yo te llamaba por la casa. No encuentro las llaves, ¿podrías llamar a...?

—Escucha, ¿y ese tipo que amenazó con romperte la cara? Me quedé en silencio al oír aquello. Era cierto. Y se me

había olvidado por completo. Mikel Artola. Aunque la frase no había sido exactamente esa, lo que dijo fue: «Si vuelvo a cruzarme contigo, te romperé los huesos».

«Hace veinte años, a las puertas de una comisaría. Yo salía, él entraba...»

—No creo que siga vivo... —Hablaban más bien la esperanza—. En fin, es un riesgo que tendré que correr.

—¿Un riesgo? ¿Quién eres ahora? ¿Indiana Jones? Mira, estoy en Londres y no me puedo mover, pero voy a mandarte un tío. Al menos, deja que te ponga un machaca.

Lo cierto es que el panorama se oscurecía por momentos, pero me negué a llevar un escudero en mi propio pueblo. Gonzalo insistió un poco más, hasta que logré tranquilizarlo. Llevaría sombrero, gafas, incluso un bigote postizo si hacía falta. No intercambiaría una palabra con nadie y me largaría a Bilbao nada más terminar la ceremonia...

Cuando colgué, Zahara no pudo aguantarse la pregunta: ¿era una idea tan terrible regresar a Illumbe?

—Es una historia muy larga.

—Pues nos quedan dos horas...

¿Quieres la versión larga o la corta? ¿Has leído algo sobre lo que pasó allí? Todo aquello de la chica... Lorea, y lo de «ese novio que contó una historia imposible a la policía». A Zahara le sonaba, claro que le sonaba, aunque disimuló su sorpresa. Aun así, ¿quién no estaba al corriente de esa historia? Un documental de la tele se había encargado de rescatarla solo dos años atrás.

Hicimos el resto del viaje con música: le puse el álbum *Magnolia*, de Rufus T. Firefly, que me volvía loco. Almorzamos en una estación de servicio y llegamos al aeropuerto de Málaga a las tres y media de la tarde.

—¿Qué hago con el coche? —preguntó Zahara.

—Tendrás que volver a Las Negras, ¿no? Puedes quedártelo.

—¿Seguro? Es un coche bastante caro.

—Seguro. Ya volveré a por él.

—Pero... ¿cuándo?

—No creo que me lleve mucho. —Le di un rápido beso—.
Será un visto y no visto.